

se basan en la simplicidad. Son ante todo, artefactos legibles que hacen legible el espacio que presumen sintetizar mágicamente sobre el papel. Tanto el poderoso como el turista no aspiran a conocer nada nuevo. Pasean por las calles con la ambición de reencontrarse con aquello mismo que ellos han colocado antes en los sitios con su fantasía: el político, los monumentos a sus héroes, a sus antepasados y a sus dioses; el turista, los objetos ya vistos antes en las guías, en las postales o en los documentales de promoción. Al margen —es decir, en el centro mismo de lo social—, lugares de y para la historia pública. Universo de los lugares sin nombre, una ectoponimia, que no es sino lo contrario de una toponimia. Las calles y las plazas son archivos secretos y silenciosos, relatos parciales de lo vivido, recuerdo de gestas sin posteridad, «marcos incomparables» para epopeyas minimalistas para quienes sólo tienen su propio cuerpo y sitio, incapaces de pensarse si no es términos al mismo tiempo somáticos y topográficos. Memorias potentes sin poder, que se enfrentan a las de un poder impotente, a sus ciudades espectaculares, conmemorativas, triunfales, falsas.

Los practicantes secretos de lo urbano no hacen más que llenar las ciudades de monumentos, cada uno de ellos evocador de un momento histórico, de un encuentro al más alto nivel, de una batalla incruenta, de un recibimiento triunfal, de una derrota, de un levantamiento, de un naufragio, de una catástrofe, de un portento, de una defensa heroica, de una aparición, de un adiós para siempre. Registros escriturales polivalentes y palimpsésticos, levantados con una caligrafía ilegible. Infinita superficie de inscripción de

huellas innumerables, en que se marcan constantemente intrincadas correspondencias. Puerto y desembocadura de memorias. Las calles, las plazas, los vestíbulos de las grandes estaciones, los andenes del metro, incluso los triviales centros comerciales, están saturados de esa delirante lógica que sume y remueve toda la infinita red que forma lo inolvidable de todos. Esos monumentos son, nos obstante, implícitos, en la medida en que no aparecen en catálogo alguno o guía turística.



Es para amansar y vigilar este artefacto de existir pluralmente que es toda ciudad que el orden de las instituciones procura instaurar su ornamentación. Al murmullo de las calles y las plazas, a los emplazamientos efímeros y las trayectorias en filigrana, a la inabarcable red que trazan las evocaciones multiplicadas de las muchedumbres y los paseantes, la polis intenta sobreponerle —a base de instituir sus propios nudos de sentido— la ilusión de su legitimidad y las coartadas que le permiten ejercer su autoridad. Se trata de alcanzar un gran objetivo: el de constituir las bases escenográficas, cognitivas y emocionales de una identidad políticamente emergente, que se imponga de una vez por todas a una multiplicidad inacabable de acontecimientos, ramificaciones, líneas, accidentes a veces venturosos, de bifurcaciones. Movimiento perpetuo, ballet de figuras imprevisibles, heterogeneidad, azar, rumores, interferencias..., la ciudad. Es negando ese magma que jamás se detiene que el orden político intenta instaurar la nueva religión de la Acrópolis, la sólida patria acabada de inventar que convoca a todo lo distinto a acudir bajo la protección de su Gran Certeza y, finalmente, a morir y disolverse en ella. ■